

TEATRO POPULAR

"COLORADO Y NEGRO"

AÑO I

Nº 2



LUIS RODRIGUEZ ACASUSO

Editores :
EMPRESA "CULTURA y CIVISMO"
Corrientes 1307



BUENOS AIRES
SEPTIEMBRE DE 1919

DANTE ALIGHIERI

LA DIVINA
COMEDIA ≡≡≡

TRADUCIDA AL CASTELLANO EN
IGUAL CLASE Y NÚMERO DE VERSOS

POR

Don Juan De La Pezuela
Condé de Cheste

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA



Precio franco de porte

3 TOMOS \$ 3.00

PEDIDOS A LA

EMPRESA "CULTURA Y CIVISMO"

CORRIENTES 1307

PRECIO
de VENTA:



Library, Univ. of
North Carolina

*Al Doctor ANTONIO DE TOMASO
dedica este modesto ensayo teatral,
con admiración, y con todo el afec-
to de una fraternal amistad.*

EL AUTOR.

266880

*Estrenada con gran éxito en el Teatro Buenos Aires
por la Compañía Alippi-Muiño el día 15 de Septiembre
de 1919.*

862.5

T255

v. 607

“COLORADO Y NEGRO”

Pieza en un acto y tres cuadros, de:

LUIS RODRÍGUEZ ACASUSO

REPARTO

<i>Ernesto</i>	Sr. Muiño	<i>Manguero I</i> ...	Sr. T. Podestá
<i>Máximo</i>	» Drames	<i>Manguero II</i> ..	» Pompilio
<i>Elisa</i>	Sra. Catá	<i>Juan Carlos</i> ...	» Cerude
<i>Doña Dolores</i> .	» Cornaro	<i>Don Francisco</i> ..	» Otegui
<i>Carlitos</i>	Sr. Leoncito	<i>Gurupí</i>	» Betoldi
<i>Sirvienta</i>	Sta. Giménez	<i>Mozo</i>	» Martínez
<i>Cobrador</i>	Sr. Sánchez	<i>Portero</i>	» Palavecino
<i>Estudiante</i>	» Ochoa	<i>Oficial</i>	» Sánchez
<i>La Querida</i> ...	Sta. Iturrat	<i>Vijilante</i>	»
<i>Palptador</i>	Sr. Coiro		

CUADRO PRIMERO

La escena representa comedor de una modesta casa burguesa. Puertas al foro, derecha e izquierda. Las nueve de la noche. Los personajes de la escena primera terminan de cenar.

ESCENA I

(*Ernesto, Elisa, Doña Dolores, Carlitos y Sirvienta*)

ERNESTO.—(*Lee un diario. De pronto*) Pero a esta sirvienta... qué le pasa?

D. DOLORES.—(*Tímidamente*) Es que la pobre...

ELISA.—Sí; atiende la mesa y la cocina, y no es posible.

ERNESTO.—Ustedes siempre lo mismo... ¡cuidado con la sirvienta! No se puede comer con apuro. Y si me quedo a cenar en el centro protestan las dos...

ELISA.—¿Qué apuro tienes?

ERNESTO.—Eso es lo que no te interesa.

ELISA.—¿Vas a salir?

ERNESTO.—No lo sé.

ELISA.—Pero... ¿Ernesto, cuando acabarás con ese vicio?

ERNESTO.—Otros los tienen peores.

ELISA.—No te basta esta pobreza, esta ruína. ¡Después de haber estado tan bien!

ERNESTO.—Volvemos a lo de siempre. Te prevengo que estoy de buen humor; no quiero enojarme.

ELISA.—El dueño de casa estuvo tres veces; dijo que volvería esta noche.

ERNESTO.—Peor para él.

ELISA.—Ernesto. ¿Por qué no buscas un empleo y tratas de hacer algo?

ERNESTO.—Yo no he nacido para eso.

ELISA.—Piensas que el juego nos va a mantener a todos? (*Suspirando*) El va a ser nuestra perdición.

ERNESTO.—Estoy hartó. El mejor día, o me pego un tiro o no vuelvo más a esta casa.

CARLITOS.—Papá... ¿cuando me vas a traer la ruleta de juguete?

ERNESTO.—Pronto; pero no tengo plata.

CARLITOS.—Mamá... ¿por qué papá no tiene plata?

ELISA.—Porque no quiere.

ERNESTO.—¡No quiero!

ELISA.—(*Entra la sirvienta con una fuente*). Arroz con leche, Carlitos.

CARLITOS.—¡A mí, mucho! (*Sirve Elisa*).

ERNESTO.—(*Encarándose con la sirvienta*). ¿Y a usted, señora, qué le pasa? Se duerme en la cocina, o se dedica a interpretar novelas de Carolina de Invernizzio?

SIRVIENTA.—¿Yu señor?... durmirme yu cun nuvelas del serviciu?... ¡yu que trabagu tudu el día com'una burra!

ERNESTO.—Cada una trabaja como quien es.

ELISA.—¡Ernesto!

D. DOLORES.—No haga caso, Inocencia.

SIRVIENTA.—Es que yu, señora, ya estuy harta. ¡Y sun siete meses que me deben!

ERNESTO.—Cállese la boca. Dedíquese a la gimnasia sueca; así se moverá con elegancia.

SIRVIENTA.—¿Qu'es lu que me ha dichu?

ERNESTO.—Que se calle.

ELISA.—No haga caso; es una broma del señor.

SIRVIENTA.—Buenu, si es bruma está bien.

D. DOLORES.—Vaya no más, tranquila. Usted ya sabe que nosotras...

SIRVIENTA.—Pur ustedes, señuras, por el niñu Carlitus, ¡que si nó!... (*Vase izquierda*).

ERNESTO.—(*Comiendo*). Qué gallega más bruta y más charlatana.

ELISA.—Ernesto, eres injusto. Hace siete meses que no se le paga un centavo; y no omites medio de insultarla.

D. DOLORES.—Tiene razón la pobre mujer.

ERNESTO.—Ya se han puesto de acuerdo para no dejarme respirar. ¡Maldita sea la hora en que me casé!

D. DOLORES.—¡ Se puede quejar del casamiento!

ERNESTO.—Señora, usted olvida que estoy en mi casa y que usted no está en la suya.

D. DOLORES.—Ya lo sé.

ELISA.—Ernesto, que es mi madre.

ERNESTO.—Desgraciadamente.

D. DOLORES.—Usted es un mal educado y un holgazán.

ERNESTO.—¡ Señora!

D. DOLORES.—Sí; un mal marido y mi hija una pobre mártir.

ELISA.—Mamá, por favor. Ningún día podemos comer tranquilos.

CARLITOS.—(*Que leía un diario*). ¡Papá! se murió Old Man!...

ERNESTO.—Sí, mi hijo, ha muerto Old Man, Old Man la gloria de nuestras pistas, el caballo más grande del mundo.

CARLITOS.—¿ Qué, era muy alto, papá?

ERNESTO.—No, hijo, era el más grande porque nadie le ganaba a correr.

CARLITOS.—Papá, cuando yo sea hombre quiero ser jockey.

D. DOLORES.—¿ Qué es eso, m'hijito? El otro día, ¿ no se acuerda?, le dijo usted a su abuelita que quería ser doctor. ¿ Cómo es eso de jockey? Es un oficio muy ordinario...

CARLITOS.—No importa, yo quiero ser jockey... Papá, ¿ cuándo me vas a llevar a las carreras?

ERNESTO.—Este domingo, no, el otro si se porta bien.

CARLITOS.—¡ Ah, qué lindo!!! (*Se monta en la silla como si fuera un caballo, usando la servilleta a modo de rebenque, para exteriorizar el entusiasmo que le produce la promesa*).

ELISA.—A ver Carlitos... ¿ qué es eso?

D. DOLORES.—(*Acomodándolo*). Estése tranquilo; concluya el arroz con leche. (*Obedece*).

ELISA.—(*Después de un silencio en que todos comen*). ...¿ Y la pulsera?

ERNESTO.—¿ Qué pulsera?

ELISA.—La de diamantes, la que me regaló mi madre, la que te dí...

ERNESTO.—No sé.

ELISA.—¿ Cómo?... ¿ No me prometiste retirarla?; con esa condición te la entregué, me lo juraste.

ERNESTO.—¿ Y qué?

ELISA.—Que ha vencido ayer el último plazo...

D. DOLORES.—Y que la rematarán...

ERNESTO.—Bueno.

ELISA.—¿Cómo, bueno?... ¿No la has retirado?

ERNESTO.—¿Con qué plata?

ELISA.—¿Y se ha perdido?

ERNESTO.—¿Qué le vas a hacer?

ELISA.—Es que era esa pulsera un recuerdo de familia, viene de mi bisabuela.

D. DOLORES.—Fué comprada el año 1806; conservo el estuche todavía...

ERNESTO.—Bueno; vayan a decírselo al Banco; puede que el Banco tenga en cuenta la razón histórica, y le dé lástima...

ELISA.—Eres un mal hombre; te mofas, después de hacer daño.

ERNESTO.—Y qué quieren que le haga, si de un tiempo a esta parte me persigue la jetta más formidable: ¡no acierto ni una!

ELISA.—Y... ¿por eso te burlas?

ERNESTO.—¿Qué quieres... que llore?

ELISA.—Quiero que cumplas tu palabra. Hasta eso has perdido; la ruleta te la ha ido llevando: antes no eras así.

ERNESTO.—Es que antes tenía más dinero; cuando se tiene dinero se puede tener palabra, como quien tiene un automóvil más o un caballo de carrera.

ELISA.—¿Por qué me llevaste mi pulsera? ¡Lo último que había quedado de todo lo que se fué!

ERNESTO.—Porque la necesité para ustedes.

ELISA.—¿Para nosotras?

D. DOLORES.—¡Para jugarla!...

ERNESTO.—Sí; para jugarla... ¿qué hay?... ¿Y si en vez de perder hubiera ganado? No me dirían ustedes nada. El juego es condenable cuando se pierde; cuando se gana todo se justifica, hasta la mayor enormidad. (*Silencio*).

ELISA.—Ernesto... yo quiero que dejes de jugar. Me lo has prometido muchas veces.

ERNESTO.—Sí, Elisa. Te lo he prometido lealmente; con la misma lealtad no he podido cumplirlo. El juego es más fuerte que yo. (*Pausa*). Créeme: todas las noches, cuando vuelvo de perder, sin decirte nada, me hago el firme propósito de no volver más; me lo juro de todo corazón. Llega la noche siguiente, y no puedo; voy, pierdo, y vuelvo a jurar; y vuelvo a ir, y vuelvo a perder. Esta es mi vida hace muchos años.

ELISA.—Pero, tú, Ernesto...

ERNESTO.—Ya sé, tienes razón; pero no insistas. Es inútil, no haremos más que disgustarnos. Por eso tomo en broma

las cosas más serias. ¡Al fin y al cabo, ya nada me importa!

ELISA.—¿Ni nosotros... ni tu hijo?

ERNESTO.—(*Lo besa a Carlitos en silencio*). Sí, ustedes, sí...

ELISA.—Pero... ¿por qué no intentas trabajar?

ERNESTO.—¿Y para qué sirvo yo?

ELISA.—Tal vez... un empleo público.

ERNESTO.—Sería siempre lo mismo. Siempre llegará la noche y oiré esa voz que me dice: “Anda, que puedes ganar...” Y correré a jugarme el sueldo...

D. DOLORES.—Disculpas para no trabajar.

ERNESTO.—Señora, usted olvida, que bien o mal vive en esta casa...

D. DOLORES.—Que si no fuera por mi hija, por mi nieto...

ERNESTO.—Señora, cuando a usted le guste... A mi ya me tiene muy hartó.

ELISA.—¡Mamá!

ERNESTO.—¡Esta vieja!

ELISA.—¡Ernesto!

D. DOLORES.—¡Insolente! Sí, me iré...

ERNESTO.—Ahora mismo.

ELISA.—¡Ernesto!

D. DOLORES.—Sí, me iré, aunque me muera de pena en un rincón como un perro. (*Solloza*).

CARLITOS.—¡Abuelita!... No, yo no quiero que se vaya... (*Toma a Carlitos en la falda y sigue llorando*).

ELISA.—Cálmese mamá, no llore. ¡Eres un infame!

ERNESTO.—¡Qué vida! Yo no sé; me voy a volver loco. (*Aparece la sirvienta por la izquierda*).

ELISA.—(*Respondiendo a los gestos de Inocencia*).—¿Qué?

SIRVIENTA.—Han llamado a la puerta.

ELISA.—¡Ah!

ERNESTO.—(*Como adivinando*). ¿El dueño de casa?

SIRVIENTA.—¿Le digu que pase?

ELISA.—No, mujer, que hemos salido.

ERNESTO.—Que no volvemos en un año.

SIRVIENTA.—Está bien. (*Vase por el foro. Todos esperan en silencio y ansiosos. Aparece al momento, y con alegría*). ¡Es el señor Maximu!

ELISA.—¡Ah!

ERNESTO.—Que pase. (*Vase sirvienta*).

D. DOLORES.—Yo me voy, sino me va a conocer en la cara... (*Vase izquierda*). (*Vuelve la sirvienta con Máximo*).

ESCENA II

(*Ernesto, Elisa, Máximo, Carlitos y Sirvienta*)

CARLITOS.—(*Adelantándose*). ¿Me trajo los caramelos?

MAXIMO.—(*Besándolo*). Sí, mi hijo, aquí están.

CARLITOS.—(*Contemplándolos*). ¡Qué pocos!

ELISA.—Pero, Carlitos... ¿qué es eso?

ERNESTO.—¿Cómo se dice?

CARLITOS.—Gracias.

MAXIMO.—(*Dándoles la mano*). ¿Cómo está señora?... ¿Qué tal, Ernesto?

ERNESTO.—¿Qué se cuenta... fuiste a las carreras?

MAXIMO.—Sí.

ERNESTO.—¿Ganó Jubileo y dió un sport succulento? ¡Era mi fija!

MAXIMO.—No; perdió: llegó sexto.

ERNESTO.—¡Ah!

ELISA.—Pero, sentémonos. Inocencia, sirva el café. (*Vase sirvienta por la izquierda. Se sientan todos alrededor de la mesas Carlitos, de espaldas al público. Ernesto en la cabecera izquierda. De frente, Elisa. Después, Máximo*).

ERNESTO.—¿Pocos aciertos?

MAXIMO.—Muy pocos. Perdí dos mil pesos. Ya sabes que yo rara vez juego. Fué una casualidad.

ERNESTO.—Yo, ya hace tiempo que no pierdo tanto. Hace años era, más o menos eso, lo que me costaba cada reunión... ¿Llovió algo?

MAXIMO.—Sí, en la cuarta carrera, un chaparroncito.

ERNESTO.—Y ya se sabe, pista con agua, pato todo el mundo, ganancia en fija para los zonzos. La cátedra es como el vino; con un poco de agua ya no sirve para nada... A propósito de vino, ¿y ese café? Te conformarás con café. Es lo único que hay en esta casa; cafés a todas horas, (*mirándola a Elisa*) café de la suegra...

ELISA.—(*Cortando*). ¡Pero, Ernesto!

ERNESTO.—Es una broma; demasiado sabe Máximo...

MAXIMO.—Sí, hombre, que tienes una esposa envidiable.

ERNESTO.—No lo digas dos veces: van a subir las pretensiones.

MAXIMO.—Es que Elisa se lo merece todo...

ERNESTO.—¡El café! (*la sirvienta lo sirve y se va*).

ELISA.—(*Sirviendo el azúcar*). Carlitos, basta de caramelos; te vas a enfermar. Es hora de acostarse. ¡Vamos!

CARLITOS.—No; yo quiero que me acueste papá.

ELISA.—No, Carlitos, con mamá.

CARLITOS.—No, con papá. Yo quiero saber por qué se murió Old Man.

ELISA.—Porque Dios dispuso que se muriera. ¡Vamos!

CARLITOS.—No, yo quiero que me lo cuente papá, él lo sabe mejor.

ELISA.—Insoportables.

MAXIMO.—Yo ya debiera estar en la estancia.

ELISA.—¿Y por qué no se va? Nadie se lo impide. Usted es un hombre solo.

MAXIMO.—Por eso mismo, por no estar solo. Tengo miedo de aburrirme. (*Pausa*). ¿No le participó Ernesto mi invitación? Ya los cuatro no nos aburriríamos tanto. A Carlitos, aquel aire, aquellos churrascos, le sentarían muy bien... ¿no le dijo?

ELISA.—Sí.

MAXIMO.—Podríamos irnos el lunes, si le parece. Nos puede acompañar también su mamá. Entonces, esta misma noche telegrafío a mi mayordomo...

ELISA.—No, no telegrafíe.

MAXIMO.—¿Por qué?

ELISA.—No hay necesidad.

MAXIMO.—Si no me cuesta nada.

ELISA.—No, Máximo; dejemos el veraneo para más adelante.

MAXIMO.—Pero, si Ernesto me dijo, que él estaba conforme...

ELISA.—Pero yo no.

MAXIMO.—¿Por qué?

ELISA.—Porque no debo aceptar, aunque mi marido esté conforme.

MAXIMO.—Elisa, usted supone...?

ELISA.—Yo no supongo nada. (*Silencio largo*).

MAXIMO.—(*Arrastrando poco a poco su brazo por la mesa*

ELISA.—¡Carlitos!

ERNESTO.—Bueno, hijo, yo te voy a acostar; te lo explicaré.

ELISA.—No le hagas caso; déjame yo...

ERNESTO.—No; es preferible que yo vaya. Va a empezar a llorar...

ELISA.—Como quieras.

ERNESTO.—Despídase del señor. ¿Cómo se dice?

CARLITOS.—(*Dándole un beso*). Gracias. Mañana me trae más; no se olvide.

MAXIMO.—¡Cómo no!

ELISA.—¡Carlitos!... (*vase con Ernesto por la derecha*).

ESCENA III

(*Elisa y Máximo*)

MAXIMO.—Carlitos es muy simpático.

ELISA.—¡Cómo le gustan las golosinas!

MAXIMO.—No puede negar que es hijo suyo. (*Pausa*). Lo quiero al nene como si fuera mío.

ELISA.—Gracias. (*Silencio embarazoso*).

MAXIMO.—¡Qué calor! Hacen unos días...

hasta tomarle la mano). ¡Elisa!...

ELISA.—(*Zafándose rápidamente y poniéndose de pie*). ¡Máximo!... respete más la casa de su amigo...

MAXIMO.—Yo le juro...

ELISA.—Si ya en esta casa lo hemos perdido todo, aun conservo yo mi dignidad.

MAXIMO.—Le juro Elisa, que yo la quiero locamente; que mi amor es desinteresado y sincero; que estoy harto de verla sufrir...

ELISA.—Y yo de sufrirlo a usted. Le ruego que no insista. Si piensa seguir procediendo en esta forma, le pido que no vuelva más.

MAXIMO.—Es que no podría; necesito verla todos los días, a todas horas.

ELISA.—La paciencia de una mujer discreta tiene un límite; usted lo ha traspuesto ya...

MAXIMO.—¡Perdón, Elisa!

ELISA.—Estoy harta; ya no sé donde mirar cuando usted me mira; donde poner los pies cuando usted me pisotea...

MAXIMO.—Le juro que mi vida, mi fortuna, todo es de usted, y sin ningún interés, como usted lo supone.

ELISA.—Le agradezco mucho, pero aún no he resuelto ponerme en venta.

MAXIMO.—Usted no comprende mi amor.

ELISA.—El amor es otra cosa; no apremia tanto y si apremia no ofende.

MAXIMO.—Elisa, yo estoy loco. (*Acercándose*). Elisa, pídamelo lo que quiera; soy capaz de todo. (*Intenta abrazarla*). Sí, Elisa, no sea cruel...

ELISA.—Si insiste un segundo más, llamaré a mi marido. (*Máximo logra abrazarla. Ella va a gritar, y él le tapa la boca. Elisa, por fin, logra desembarazarse. Quedan los dos, en silencio, y a corta distancia. Entra Carlitos en camión*).

ESCENA IV

(*Dichos y Carlitos*)

CARLITOS.—¡Máximo!... ¡Máximo!...

MAXIMO.—(*Alzándolo y besándolo*). ¿Qué, mi hijo, qué?

CARLITOS.—Papá dice que lo vencieron a Old Man. ¿Es verdad, que no es cierto?

MAXIMO.—Sí, Carlitos, es cierto, pero una sola vez. Lo venció Padilla, por una casualidad.

CARLITOS.—¡Qué lástima!... ¿Y por qué se dejó vencer?

MAXIMO.—¡Quién sabe!... (*Silencio*).

ELISA.—Vamos, Carlitos, te vas a resfriar... ¡vamos!

MAXIMO.—¿No es cierto que mamita es muy mala?

CARLITOS.—No... ¡si es muy buena!

MAXIMO.—Contigo... ¡lo que es conmigo!

ELISA.—(*Tomándolo en los brazos se lo lleva*). ¡Démelo!...

CARLITOS.—(*Antes de salir*). No se olvide de los caramelos... ¡Muchos!

MAXIMO.—Sí, muchos, un paquete muy grande. (*Queda solo Máximo*).

ESCENA V

(*Máximo y Ernesto*)

ERNESTO.—(*Entrando después de cierto tiempo. Máximo, mientras tanto, habrá tomado un diario*). ¿Te han dejado solo?

MAXIMO.—Ya estoy acostumbrado. Mi destino es vivir solo... ¡siempre solo!...

ERNESTO.—¿Por qué no te casas?

MAXIMO.—Es que en este mundo ya quedan muy pocas mujeres como la tuya.

ERNESTO.—Es cierto; Elisa es muy buena. (*Pausa*). Máximo, tengo que decirte una cosa.

MAXIMO.—Díla.

ERNESTO.—Yo... (*Pausa*).

MAXIMO.—Ya sé.

ERNESTO.—¿Qué?

MAXIMO.—Necesitas dinero.

ERNESTO.—Sí. ¿Cómo lo conociste?

MAXIMO.—¿Es que te conozco tanto!...

ERNESTO.—Eres muy bueno, Máximo.

MAXIMO.—No hablemos de eso. ¿Es para jugarlo? Ya sabes...

ERNESTO.—No; para sacar del empeño una pulsera de mi mujer: es un recuerdo de familia...

MAXIMO.—¿Cuánto?

ERNESTO.—Poco: trescientos pesos.

MAXIMO.—(*Sacándolos de la cartera*). Tómalos. Ya te he dicho, para tu familia cuanto necesites, todo... Para jugar, basta: no pienso darte un centavo más... Tu ruleta ya me cuesta como treinta y cinco mil pesos. ¡Basta!...

ERNESTO.—Gracias. Tienes razón. Te juro: es para sacar la pulsera, no quiero que se pierda; si no, no te los pediría... (*Pausa*). ¿Vamos?...

MAXIMO.—¿A dónde?

ERNESTO.—Adonde quieras: a un teatro, a cualquier parte.

MAXIMO.—Bueno. (*Entra Elisa*).

ESCENA VI

(*Dichos, Elisa, Sirvienta y Cobrador*)

MAXIMO.—Señora, nos vamos.

ELISA.—(*Dándole la mano friamente*). Adiós.

ERNESTO.—¡Qué sequedad! Si Máximo no te ha hecho nada.

Estas mujeres creen siempre que los amigos...

ELISA.—Así es. Creemos siempre menos que en los enemigos.

MAXIMO.—¿Por qué, señora?

ELISA.—Porque siquiera los enemigos nos lo dejan. En cambio los amigos...

MAXIMO.—No tenga miedo. Ernesto no la engaña, me consta, ni yo se lo permitiría.

ERNESTO.—Has visto: todas son lo mismo. ¡Vamos!

MAXIMO.—Sí. Buenas noches, señora. (*Aparece la sirvienta que habla unas palabras en secreto con Elisa. Después va hacia la puerta de calle*).

ERNESTO.—(*Acercándose y aparte*). ¿Qué?

ELISA.—Han llamado. (*Ernesto muy intranquilo. Un segundo de expectativa. Llega el cobrador por el foro, empujando a la sirvienta*).

COBRADOR.—¿Qué?... ¡Cómo que no está!... Buenas noches. Vengo a cobrar los cuatro recibos.

ERNESTO.—¡Insolente!

ELISA.—(*Conteniéndole*). ¡Ernesto!

ERNESTO.—Mándese mudar, si no quiere...

COBRADOR.—Mucho orgullo, señor, pero usted no paga. Hace tres meses que vengo todos los días... Gracias a su señora, si no, ya estarían los muebles en la calle.

MAXIMO.—¡Basta! ¿Cuánto se le debe?

ELISA.—No. ¡No!...

ERNESTO.—No, Máximo, deja... (*Muy débilmente*).

MAXIMO.—¿Cuánto es, todo?

COBRADOR.—Trescientos sesenta pesos.

ELISA.—(*Al ver que Máximo va a pagar*). ¡Pero, Ernesto!... Tú no debes permitirlo.

COBRADOR.—Aquí están los recibos. (*Máximo le paga*). Buenas noches. (*Se va*).

ELISA.—¿Pero, Ernesto... qué haces?

ERNESTO.—Máximo es mi amigo, ya se los pagaré.

ELISA.—¡No!...

MAXIMO.—(*Dándole los recibos*). Señora, hágame el obsequio.

ELISA.—(*Mirándolos con desprecio*). Ernesto: no eres un hombre. (*Se tira en una silla y solloza. La sirvienta corre a consolarla*).

MAXIMO.—(*Todo cortado*). Pero... señora...

ERNESTO.—No le hagas caso. Tengo una mujer que exajera las cosas... (*Vanse los dos mientras descende el telón*).

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

Escena: Confitería de una casa de juego; mesas, sillas, etc. Telón corto. Puertas, foro derecha, izquierda y derecha. Al levantarse el telón, mientras la escena aparece vacía, se oyen dentro golpes de ruleta, ruido de fichas y gritos del "croupier". La una de la madrugada.

(*Un Estudiante y su Querida*)

ESTUDIANTE.—(*Sabiendo de la izquierda*). Patos... ¡completamente!

QUERIDA.—¡Este negro maldito! Negro, yo te lo decía: colorado no, negro, pero vos negro, siempre negro.

ESTUDIANTE.—Así es, ¡siempre negro!... No hay qué hacerle, vieja. Mañana te levantás temprano, pelás la canastita y a la Feria. ¡Hay que hacer economías!

QUERIDA.—¡Qué lástima! Si acertás ese pleno coronado, mi vestido de seda.

ESTUDIANTE.—La suerte, vieja, te vuelve a desnudar. ¡Y pronto vendrá el frío!

QUERIDA.—Siempre lo pierdo. ¡Pobre mi vestido de seda!

ESTUDIANTE.—Pobre mi viejo, que la trabaja en Entre Ríos de sol a sol, para que su hijo se instruya, se reciba de doctor. Treinta y tres años y quince inviernos de medicina. Y no manyo más anatomía que la que vos me enseñaste. Te has puesto tan flaca, vieja, que ya, ni en vos, voy a poder estudiar... De veras, vieja, que la comida...

QUERIDA.—Hablemos de otra cosa.

ESTUDIANTE.—¡Ah, criolla!... Sino hay, no comés, y si hay, no comés tampoco. Ya te has acostumbrado. (*Se oye cantar adentro: "Colorado el 36"*).

QUERIDA.—¿Has visto?... otra vez colorado. Negro, negro no, colorado... El corazón no me engaña... ¡colorado!

ESTUDIANTE.—Dejemos al corazón y vayamos a cuentas. Me quedan... (*Rascándose los bolsillos*). Ayer recibí la pensión del viejo: Doscientos cincuenta pesos, y tengo: ¡Un peso con cincuenta y cinco centavos!...

QUERIDA.—¿Y el alquiler? Mañana cinco, el último plazo.

ESTUDIANTE.—Callate. Nos van a echar de la pieza.

QUERIDA. ¡Bah!, no importa, ya buscaremos otra.

ESTUDIANTE.—Pero con balcón a la calle por ese precio y con un italiano que aguante ocho meses... ¡no vamos a encontrar!... (*Por derecha el palpítador*).

ESCENA II

(*Dichos y el Palpítador*)

PALPITADOR.—¡Hola, viejo! ¿A que ya liquidaste la pensión.

ESTUDIANTE.—Liquidada.

PALPITADOR.—¡Señora!

QUERIDA.—(*Dándose la mano*). ¿Cómo está, Roberto?

PALPITADOR.—La encuentro más gruesa...

ESTUDIANTE.—Regular. Y vos... ¿palpítándola siempre?

PALPITADOR.—Siempre. ¿Qué querés que haga?... Yo he nacido para palpitarla. Jamás juego pero la palpito. A esta timba, aprovechando el automóvil gratis, vengo tres veces por semana. A lo de Alberto voy a ver jugar al pocker, también tres veces por semana. Y el domingo la descanso en las carreras. Yo siempre la palpito: yo nunca juego.

ESTUDIANTE.—Pero... ¿no sentís la tentación?

PALPITADOR.—¡Vaya si la siento!

ESTUDIANTE.—¿Y por qué no jugás?

PALPITADOR.—Pero... ¿qué querés que haga con ciento cincuenta pesos en la Municipalidad, y con una hermana soltera que va a palpitarla todas las noches a las Barrancas de Belgrano, pero que, ni por equivocación, acierta con el color de su marido?...

QUERIDA.—¿Y por qué no trabaja?... en una tienda, en un escritorio...

PALPITADOR.—¿Cómo va a trabajar, señora, si sabe tocar el piano?

QUERIDA.—¡Ah!

PALPITADOR.—Pero, dejá no más! Vos sabés que tengo una tía muy vieja en Villaguay. El día que se muera, heredaré y entonces, hermano, sí que me voy a desquitar.. Ya hace siete años que hora por hora palpito la muerte de mi tía. Yo he nacido para palpitarla y ver como los otros juegan. ¿Cuándo llegará el día que pueda jugar? (*Pausa*). Así, ¿que te quedaste pato?

ESTUDIANTE.—Pato... ¡Completamente! (*Por izquierda entran dos. Se destaca hacia el grupo uno de ellos: el Manguero. El otro se queda a respectiva distancia*).

(*Dichos, el Manquero y el Manquero II*)

MANGUERO.—(*Dando la mano al Estudiante*). Compañero: lo felicito. (*Más extrañeza*). Lo felicito, compañero, por ese pleno coronado que acaba de sonreírle. Ese pleno lo ha dejado pleno de satisfacción; se le ve en la cara, compañero.

ESTUDIANTE.—Gracias...

MANGUERO.—Usted y su digna esposa, creo que es su esposa... se merecen eso y mucho más.. ¡Compañero! Los artículos nutritivos se han subido a la azotea, y hay que comer, mejor dicho, compañero, no hay que comer...

ESTUDIANTE.—Permítame: ¿usted es socialista?

MANGUERO.—No, compañero; soy del Parque, pero siempre he tenido debilidad por el colorado; es mi color favorito... Como le decía, compañero, los tiempos son difíciles, y el pan no baja, y hay que ir a buscarlo, y yo lo busco...

PALPITADOR.—Vaya a la panadería.

MANGUERO.—(*Al palpítador*). ¿Con qué plata, compañero? (*Al Estudiante*). Usted, compañero, tiene sangre de jugador, se le conoce. Y usted me comprende, hay que jugar, y usted tiene cara de generoso, y usted ha ganado... ¿me comprende, compañero?

ESTUDIANTE.—(*Dando vuelta a los bolsillos*) Compañero, la palpitó mal; acabo de perder hasta los botines... Pato, ¡completamente pato!

MANGUERO.—Hubiera jurado... era un mocito de bigote, así como usted...

MANGUERO II.—(*Tomándolo de un brazo*). ¡Vamos! ¡Ya te decía yo que no era ese!...

MANGUERO.—Está visto, que esta noche no acierto ni una. Disculpe. Retiro la felicitación... Compañero, lo acompaño en el sentimiento.

ESTUDIANTE.—Compañero: la familia agradecida. (*Vanse los dos por derecha*).

QUERIDA.—Pero... ¿de qué la trabaja este tipo?

ESTUDIANTE.—De Manguero. Es un vicioso, pero con la plata de los demás.

QUERIDA.—¿Vamos?... ¡de todas maneras!...

ESTUDIANTE.—Vamos. De todas maneras la plata no la devuelven. (*A el Palpítador*). Y... vos... ¿la seguís palpitando?

PALPITADOR.—Nó; por esta noche basta... ¡Vamos! (*Se van los tres por el foro*).

ESCENA IV

(*Ernesto y Don Francisco*)

ERNESTO.—(*Entra por el foro. Se sienta en una mesa. Escucha el ruido del juego. Se queda pensativo. De pronto*) Si Dios no me salva, estoy perdido... ¡Mozo!... (*Golpea las manos*) ¡Mozo!... (*El mozo no aparece. De izquierda a derecha pasa el usurero Don Francisco*) ¡Don Francisco!... ¡Don Francisco!

D. FRANCISCO.—¡Hola, mi hijo!... ¿qué tal?

ERNESTO.—Siéntese. Tome algo...

D. FRANCISCO.—Gracias. Tengo mucho apuro.

ERNESTO.—¿Y el pagaré... sí... mi pagaré?

D. FRANCISCO.—¿Su pagaré?

ERNESTO.—No. El pagaré de Don Máximo, por diez mil pesos, que yo le traje, pero que él le firmó...?

D. FRANCISCO.—¡Ah! ya... El pagaré que él me ha firmado...

ERNESTO.—Usted cree que él...

D. FRANCISCO.—No, hijo, no... Es que con tanto pagaré me hago una confusión...

ERNESTO.—Como venció hoy, yo...

D. FRANCISCO.—¡Ah, ya!... ¿viene usted a levantarlo?

ERNESTO.—¿Lo tiene usted ahí?

D. FRANCISCO.—No, hijo, pero lo puedo ir a buscar... ¿Trae usted el dinero?

ERNESTO.—No... yo... pero... si usted...

D. FRANCISCO.—¿Entonces?... ¡Hasta luego!

ERNESTO.—¡Don Francisco!

D. FRANCISCO.—Tengo mucho apuro, hijo, tengo mucho apuro... (*Vase derecha. Queda Ernesto pensativo. Entra Juan Carlos por izquierda*).

ESCENA V

(*Ernesto y Juan Carlos*)

JUAN CARLOS.—(*Tardando en reconocerlo*)... ¡Ernesto!

ERNESTO.—¡Oh, Juan Carlos! (*Se abrazan*) ¡Tantos años sin vernos!

JUAN CARLOS.—Diez, desde que te casaste... ¡Diez años! ¿Timbeando siempre?

ERNESTO.—Siempre, y me moriré timbeando... ¿Y tus novillos? Ya he sabido que te va muy bien, que tienes dos estancias...

JUAN CARLOS.—Regular: no puedo quejarme... Llegué anoche de Trenque Lauquen. Me ha traído a este garito—

no sabíamos que hacer — un amigo timbero; ahí anda prendido al tapete, que da miedo... ¿Y tu mujer?
ERNESTO.—Bien. ¿Ya sabrás que tengo un hijo de ocho años?

JUAN CARLOS.—Sí, lo supe; te felicito... ¿Y tu estancia de Pergamino?... Me dijeron...

ERNESTO.—¿Que se fué? Sí; hace rato que voló.

JUAN CARLOS.—¿El juego?

ERNESTO.—¿El juego!... (*Pausa*). Pero, tomemos algo...
¡Mozo!... ¡Mozo!...

JUAN CARLOS.—Pero... ¿no puedes dejarlo?... Trabaja: ya ves yo...

ERNESTO.—No puedo; ya estoy muy metido. Además, cada uno en este mundo tiene una manía. Para mí una ficha tiene tanto interés como un novillo. (*Aparece el mozo*). ¿Qué vas a tomar... whisky?

JUAN CARLOS.—Bueno.

ERNESTO.—Dos wiskys. (*Vase el mozo*). ¿Te acuerdas del colegio?... ¿Qué buenos camaradas! ¿Te acuerdas de aquellas partidas al monte inglés a escondidas de los frailes?

JUAN CARLOS.—¿Vaya si me acuerdo!... Y como nos ganabas a todos los centavos. ¿Qué habilidad para las cartas! (*Entra el mozo*).

ERNESTO.—¿Muy cargado?

JUAN CARLOS.—Está bien... Así que la estancia con toda aquella hacienda tan especial que refinó tu padre...?

ERNESTO.—Se la llevó la ruleta. Pero... ¡bah!... no me arrepiento. No solo la ruleta se lleva las estancias. No tengo nada que heredar, pero si heredara de nuevo, de nuevo volvería a jugar. ¿Se pasan muy buenos ratos!

JUAN CARLOS.—Así, que no te queda nada?

ERNESTO.—Nada. (*Silencio*) Juan Carlos, yo nunca podré olvidar lo camaradas, lo amigos que éramos en el colegio...

JUAN CARLOS.—Es cierto.

ERNESTO.—Yo, cuando tenía dinero era de mis amigos. Tu lo sabes.

JUAN CARLOS.—Es cierto: no sabes cuanto te lo he agradecido.

ERNESTO.—Nó, Juan Carlos, yo no he querido referirme...

JUAN CARLOS.—No; ya lo sé...

ERNESTO.—Juan Carlos, yo necesito que me saques de un apuro; eres el único que me puede salvar...

JUAN CARLOS.—¿Yo?

ERNESTO.—Sí... Hoy se me ha vencido un pagaré...

JUAN CARLOS.—¿Fuerte?

ERNESTO.—De diez mil pesos. Si mañana no lo levanto, me lo protestarán...

JUAN CARLOS.—Pero... ¿es tu primera deuda?

ERNESTO.—No; ya tengo muchas, y hace tiempo...

JUAN CARLOS.—¿Tienes bienes?

ERNESTO.—Ninguno.

JUAN CARLOS.—Y entonces... ¿por qué te afliges? Te lo protestarán y serán diez mil pesos más de deudas... ¿qué te importa? Como no tienes ni vas a heredar, qué puede suponer un monto mayor o menor...?

ERNESTO.—Juan Carlos, yo sé que eres bueno. Por lo menos lo eras de muchacho... Juan Carlos... ¿somos amigos?

JUAN CARLOS.—¿Es claro que somos amigos!...

ERNESTO.—(*Mirando a todas partes recelosamente*) Es que la firma...

JUAN CARLOS.—¿Qué?... ¡No!

ERNESTO.—Sí.

JUAN CARLOS.—¿La has falsificado? (*Asiente Ernesto con la cabeza*) ¿Y a quién?

ERNESTO.—A un amigo íntimo.

JUAN CARLOS.—¿A quién?

ERNESTO.—¿Para qué el nombre!...

JUAN CARLOS.—¿Y por qué no se lo confieras todo?

ERNESTO.—No puedo. Ya me ha salvado muchas veces. No querría... ¿para qué? Y nos enojaríamos definitivamente... No, no puedo.

JUAN CARLOS.—Y... ¿por qué hiciste eso?

ERNESTO.—No lo sé: fué un momento de locura. Perdí bajo palabra dos mil pesos. Se cruzó oportuno en mi camino un usurero que anda por ahí; me dió cinco mil pesos...

JUAN CARLOS.—¿Y le firmaste por diez mil?

ERNESTO.—Sí: me dió cinco nada más. Pagué los dos de la deuda y jugué el resto, creyendo que ganaría y podría pagarlo todo. Perdí. (*Pausa*) Juan Carlos, necesito que me salves... Recuerda nuestra antigua amistad. Eres rico, yo tengo una mujer y un hijo, nada más...

JUAN CARLOS.—Ernesto, si yo los tuviera, yo te juro que yo te los daría, pero... pero no ignoras lo que es un hombre de negocios como yo... Tengo vacas, pero no dinero. Aunque yo quisiera, aunque yo quiero, me sería imposible reunir, así de pronto esa cantidad...

ERNESTO.—¿Tu firma?...

JUAN CARLOS.—Imposible; tengo un socio y el contrato me lo prohíbe...

ERNESTO.—Aunque sea dos mil pesos... ¡mil, nada más!... Intentaré en el juego...

JUAN CARLOS.—Eres incorregible... ¡los perderías!...

ERNESTO.—¡Quién sabe!... Préstamelos, aunque sea mil...

JUAN CARLOS.—Es que... en la cartera... nunca, no llevo nunca más de doscientos pesos. Creo que me quedan ochenta; con eso no haríamos nada...

ERNESTO.—(*Ansioso*) ¿Y ese amigo tuyo que está jugando?

JUAN CARLOS.—Tengo poca confianza para pedirle.

ERNESTO.—¡Estoy perdido! Mi vida se ha terminado...

JUAN CARLOS.—Déjate de ideas negras. Sigue mi consejo: confiésaselo todo a tu amigo. El, que te ha salvado tantas veces, te salvará una vez más...

ERNESTO.—Imposible. No puedo... (*Silencio largo*).

JUAN CARLOS.—Bueno, Ernesto, yo siento en el alma no poder servirté, pero... tu me has comprendido: tengo campos y novillos, pero no tengo plata... He tenido mucho gusto... Discúlpame: soy campesino y me acuesto temprano; voy en busca del timbero... ¡Ah!... ¡Mozo!...

ERNESTO.—No; deja.

JUAN CARLOS.—¡No faltaba más!

ERNESTO.—(*Oponiéndose a que pague*) No, ¡hazme el favor!...

JUAN CARLOS.—Bueno, Ernesto, adiós... ¡He tenido mucho gusto en verte, después de tantos años...! ¡Hasta pronto!...

ERNESTO.—(*Fríamente*) Adiós. (*Vase Juan Carlos por la izquierda*).

ESCENA VI

(*Ernesto y un Mozo*)

ERNESTO.—¡Mozo! (*Golpeando las manos*) ¡Mozo!... (*Aparece el mozo*).

MOZO.—(*Por la derecha*) ¡Ya va!...

ERNESTO.—¿Cuánto se le debe?

MOZO.—Uno, treinta.

ERNESTO.—Tome. (*Vase el mozo derecha. Contempla la plata que ha sacado*). ¡La pulsera de mi mujer!... (*Se oye cantar adentro "Colorado el 36"*). ¡Mi número!... (*Contempla otra vez la plata*). ¡La pulsera de mi mujer!; ¡el pagaré!... ¡Quién sabe! (*Vase izquierda*).

ESCENA VII

(*Máximo, Don Francisco y un Mozo*)

DON FRANCISCO.—(*Sale por la derecha en el momento que Máximo llega por el foro*) Muy buenas noches señor don Máximo.

MAXIMO.—(*Seco*). El pagaré.

DON FRANCISCO.—(*Dádoselo*) El pagaré y la garantía suya.

MAXIMO.—Mi amigo Ernesto... ¿lo ignora todo?

DON FRANCISCO.—Todo. El cree que yo he caído en que la firma es de usted. Ignora que yo, más precavido que él, fui a verle a usted, y usted me dió la garantía suficiente para poder pagárselo...

MAXIMO.—¡Basta!, ni una palabra. (*Saca la libreta de cheques*). ¿Pluma?

D. FRANCISCO.—Sírvese señor don Máximo. (*Se sientan en una mesa*).

MAXIMO.—(*Termina de escribir*) Un cheque contra el Banco de la Nación, por diez mil pesos.

D. FRANCISCO.—Muchísimas gracias señor Don Máximo.

MAXIMO.—¿Está él?

D. FRANCISCO.—En esa sala, jugando.

MAXIMO.—Bien: ya sabe: proceda como le he dicho. Usted tiene gran práctica en estas cosas.

D. FRANCISCO.—Regular.

MAXIMO.—Que me traigan un whisky.

D. FRANCISCO.—Está muy bien señor Don Máximo, y muchas gracias. (*Se va derecha. Aparece el mozo en seguida; sirve, le paga y se va derecha*).

MAXIMO.—(*Bebe*) ¡El quinto whisky de la noche! ¡Yo no sé lo que me pasa! (*Entra por la izquierda el Gurupí*).

ESCENA VIII

(*Máximo y el Gurupí*)

GURUPI.—(*Contempla a Máximo, vacila un tanto y al fin se anima*) Buenas noches, caballero. (*Marcado acento español*) Antonio González de la Villá Larga.

MAXIMO.—Señor...

GURUPI.—Eso parezco, desgraciadamente, un señor, pero no lo soy...

MAXIMO.—Usted dirá...

GURUPI.—Caballero, usted sabe lo que es tener en casa una esposa inseparable y seis vástagos famélicos, que le reclaman a usted el sustento diario...? Usted sabe lo que

es un hombre, que ayer no más, fuera catedrático de psicología y metafísica, periodista, autor dramático, secretario privado de una tonadillera...? ¡Y que hoy, caballero!...

MAXIMO.—Pero su aspecto, señor...

GRUPI.—Ahí, ahí está lo trágico, caballero. Mi aspecto no supone nada de lo que este pecho hidalgo sufre, escondido bajo esta, toda esta elegancia de alquiler... Usted parece buena persona, ¡por Dios!, no me venda usted; me despedirían... Le voy a confiar el secreto: soy gurupí... ¡gurupí!...

MAXIMO.—No entiendo...

GURUPI.—Estoy contratado en esta casa para parecer lo que no soy... ¡Tres pesos caballero, tres pesos!... Con esto ¡vive Dios!, pero no viven, ¡vive Dios!... ocho personas y un perro... ¿Le parece a usted?

MAXIMO.—Pero... usted... ¿qué hace?

GURUPI.—Juego todas las noches hasta el amanecer. Pero las fichas, como las ropas, no son mías. Todas estas ropas, cadena, reloj, sortijas, todo me lo dan al entrar y todo me lo quitan al salir... ¡No me dejan más que tres pesos!... Ve usted. (*Señalando al portero que está en la puerta del foro*) a ese fornido lacayo...? Tiene orden de detenerme, si yo intentara huir... Hay noches que gano cinco, diez, quince, veinte mil pesos, y sueño — ¡todos a mi alrededor me felicitan, me envidian! — sueño que soy un poderosos que derrocha y vive... Despierto en la puerta con tres miserables pesos... ¡Todo me lo quitan al salir... ¿Le parece a usted?

MAXIMO.—Pero... ¿qué servicio presta usted?

GURUPI.—Dicen, caballero, que mi cara tiene un gesto de dignidad. Ellos lo precisan para atraer gentes a este garito... Los que juegan pequeñas sumas, al ver que un caballero de mi porte pierde o gana veinte mil pesos tan plácidamente, sin inmutarse... Primero, toman confianza en la casa; después un ilusorio afán de llevarse lo que yo pierdo, los arrastra... Y los únicos que pierden son ellos que vienen a ganar, pues yo, caballero, gano, soy el único que gano viniendo a perder... Caballero: un ex-catedrático de psicología y metafísica, seis hijos y una mujer, y tres pesos todas las noches...

MAXIMO.—(*Echa mano a la cartera*). Tome.

GURUPI.—¡Veinte pesos! Gracias, caballero; usted es mi ángel, ocho bocas se lo agradecerán...

MAXIMO.—No es nada. Vaya tranquilo.

GURUPI.—Caballero, Antonio González de la Villa Larga, servidor. (*Vase izquierda*).

ESCENA IX

(*Ernesto y Máximo*)

MAXIMO.—(*Después de un instante sale de izquierda Ernesto con un gesto de haberlo perdido todo. Al verse descubierto intenta volver atrás, pero es tarde. Intenta disimular*) ¡Ernesto!

ERNESTO.—¡Ah!, Máximo... A que te acaba de hacer el cuento Don Antonio González de la Villa Larga?... Me tropecé con él... El gana tres pesos por disimular, y hay noche que por no disimular, hasta se gana cien pesos. Lo cuenta veinte veces y no se equivoca ni una... ¡A que te acertó?... Pero... ¡qué cara más seria!...

MAXIMO.—¿No te ibas a dormir, cuando nos separamos?

ERNESTO.—En eso quedamos los dos... ¿por qué estás aquí?

MAXIMO.—Para pescarte: me lo sospechaba.

ERNESTO.—Yo también, sospeché lo mismo, y vine.

MAXIMO.—Bueno, dejémonos de bromas: acabas de perder...?

ERNESTO.—No.

MAXIMO.—No mientas... ¿a qué perdiste el dinero de la pulsera?

ERNESTO.—No, Máximo, no...

MAXIMO.—Sí. ¡A verlo!...

ERNESTO.—Bueno, lo perdí...

MAXIMO.—¿No te da vergüenza?

ERNESTO.—Sí, Máximo, pero tenía un compromiso muy grave: estaba en la obligación de jugarlo... Como perdí, pude haber ganado...

MAXIMO.—Por qué no recurriste a mí? (*Silencio*) Seguramente algo del juego, y no te animaste? (*Silencio*) Ernesto, ya eres un hombre al agua: no tienes remedio.

ERNESTO.—Máximo, el último favor que te voy a pedir, te lo juro.

MAXIMO.—Tienes la manía de jurarlo todo.

ERNESTO.—Te lo prometo.

MAXIMO.—Habla.

ERNESTO.—Dame mil pesos — con franqueza — para jugarlos. Si gano me libraré de ese compromiso tan grave, tan horrible...

MAXIMO.—¿Y si pierdes?

ERNESTO.—Si pierdo, te prometo, que ya no te molestaré jamás.

MAXIMO.—¿Por qué no me explicás tu compromiso? Si él no es ignominioso, pues las ignominias no se borran con dinero...

ERNESTO.—¿Qué quieres decir?

MAXIMO.—Nada. Que hables, y si ello es lícito, puede que yo...

ERNESTO.—No puedo.

MAXIMO.—Entonces es mejor que te calles. Acuérdate de aquel documento con mi firma adulterada hace dos años. Supongo, que no te habrás olvidado? Lo hice por Elisa, y por tu hijo, y ya sabes lo que te dije: ¡la última vez!...

ERNESTO.—Sé bueno Máximo: dame los mil pesos.

MAXIMO.—Bien: te los daré, pero con una condición.

ERNESTO.—¿Cuál?

MAXIMO.—Que me des una garantía. Ya estoy harto de prestarte al tun tun.

ERNESTO.—¿Garantía? Si sabes que yo no tengo un centavo de los ochocientos mil pesos de mi herencia... ¡Nada!

MAXIMO.—Pero aun te queda algo.

ERNESTO.—¿Qué?

MAXIMO.—Una mujer y un hijo...

ERNESTO.—¿Qué quieres decir con eso?

MAXIMO.—Nada. Que cada uno ofrece — está en la obligación de ofrecer — la garantía que le quede.

ERNESTO.—No te entiendo; me parece que has tomado mucho whisky. ¡Estás bromeando!

MAXIMO.—No, Ernesto: te hablo en serio.

ERNESTO.—No te creo.

MAXIMO.—Sí; hablo en serio. Yo te doy mil pesos, o dos mil si quieres, y tu me entregas en garantía...

ERNESTO.—¿Qué?

MAXIMO.—La llave.

ERNESTO.—¿La llave de dónde?

MAXIMO.—De tu casa.

ERNESTO.—¡Máximo!

MAXIMO.—Si no te conviene, no he dicho nada. Pero... ¿quién te dice que esa llave es una cábala, y ganas...? En tal caso, no ha pasado nada. Me pagas y te la devuelvo, y salvas ese compromiso tan grave que no me quieres revelar...

ERNESTO.—¿Y si pierdo?

MAXIMO.—La llave será mía hasta que canceles el préstamo.

ERNESTO.—(Lo toma de la solapa violentamente) Máximo, estás bromeando; Elisa y tú...

MAXIMO.—Qué pronto dudas. Elisa es una señora.

ERNESTO.—¿Y esa llave?

MAXIMO.—Una proposición, como cualquiera otra. Si no te conviene, con no aceptarla. Pero... ¿quién te dice que ganas?

ERNESTO.—¡Adiós!

MAXIMO.—¡Adiós!... (*Vase Ernesto por el foro. Máximo se va por la izquierda. Suenan los ruidos y gritos de la ruleta. Pasa un tiempo.*)

ESCENA X

(*Ernesto y Don Francisco*)

D. FRANCISCO.—(*Entra por la derecha. Se para, piensa y calcula con los dedos. Mientras siguen los ruidos de la ruleta. Entra Ernesto por el foro. Al reparar en él, sonrío*) ¡¡ Ah!! hijito...

ERNESTO.—Por favor, Don Francisco, una renovación: quince días, una semana, nada más... yo le juro..

D. FRANCISCO.—Precisamente, tenía que hablar con usted muy seriamente...

ERNESTO.—(*Ansioso*) ¿Qué, hable... qué?

D. FRANCISCO.—Usted me ha engañado como a un niño.

ERNESTO.—¿Yo?... Le juro que no... ¡yo no!...

D. FRANCISCO.—Sí, usted... la firma...

ERNESTO.—La firma... ¿qué?... ¡Es buena!

D. FRANCISCO.—No lo cree así cierta persona.

ERNESTO.—¡Ah!... ¿quién?... ¿lo sabe Máximo?

D. FRANCISCO.—No; todavía no, pero lo sabrá...

ERNESTO.—No, yo le juro Don Francisco, que yo... ¡por favor!

D. FRANCISCO.—Calma: no se alarme. La persona que ha visto la firma, no es precisamente el Señor Don Máximo. Esa persona conoce bien la firma y jura...

ERNESTO.—¿Qué?

D. FRANCISCO.—Que la firma es... es falsificada.

ERNESTO.—No, no es cierto, nó...

D. FRANCISCO.—Yo no aseguro nada, pero si así fuera...

ERNESTO.—¿Qué, si así fuera, qué?

D. FRANCISCO.—Que alguien tendría que ir a la cárcel.

ERNESTO.—(*Amenazador*) Si llegara a hacer usted eso — le aviso desde ya — lo mataría como a un perro... ¡De todas maneras, mi vida...!

D. FRANCISCO.—Es que yo ya no puedo hacer nada... por que el pagaré...

ERNESTO.—¿Qué... el pagaré... qué?

D. FRANCISCO.—Lo he vendido... Y la persona que lo

tiene podría mañana mismo presentarse al Juez de Instrucción...

ERNESTO.—¡Usurero, más que usurero!...

D. FRANCISCO.—Usurero siempre será mejor que ser...
Usted ya me comprende...

ERNESTO.—¡Miserable!... (*Se abalanza a él. Entra Máximo*).

MAXIMO.—¿Qué pasa?

ERNESTO.—Nada.

D. FRANCISCO.—Buenas noches. (*Vase derecha*).

ESCENA XI

(*Ernesto y Máximo*)

(*Los dos frente a frente en silencio. Ernesto mirando al suelo. Máximo observándolo y sonriendo*).

ERNESTO.—(*De pronto, como resolviéndose*) Aquí está...
(*Saca la llave y se la entrega*).

MAXIMO.—Los mil pesos.

ERNESTO.—Dame dos... me dijiste...

MAXIMO.—Es cierto: así fué el trato. (*Se los da. Vase Ernesto izquierda. Máximo se sienta*).

ESCENA XII

(*Máximo y Don Francisco*)

MAXIMO.—(*Contemplando la llave*). ¡La llave!... (*Aparece Don Francisco*).

D. FRANCISCO.—Creí que me ahogaba...

MAXIMO.—Es capaz de eso y de algo más.

D. FRANCISCO.—¿He estado bien?

MAXIMO.—(*Sacando dinero y dándoselo*) Admirable.

D. FRANCISCO.—(*Con temor*) Muchas gracias... y me voy,
porque... Buenas noches... Y ya sabe, si otra vez...

MAXIMO.—Buenas noches. (*Sigue contemplando la llave*)
¡Elisa!... (*Se oye cantar adentro la ruleta durante unos momentos*).

ESCENA XIII

(*Ernesto y Máximo y un Portero*)

ERNESTO.—(*Entra todo congestionado. Toma a Máximo por las solapas*) ¡Dame la llave!

MAXIMO.—Eres un miserable!...

ERNESTO.—(*Con voz contenida, pues está el portero en la puerta del foro*) ¡Máximo! ¡Que te mato!...

MAXIMO.—Espera. Es la última infamia que te falta. Ya te has jugado todo... ¡Qué te puede importar de mí!.....

¡Suelta! Yo te voy a convencer. (*Lo suelta. Sacando el pagaré*). ¡Mira!

ERNESTO.—¡No!...

MAXIMO.—Sí. Mi firma falsificada otra vez, por diez mil pesos. (*Pausa*) Cuando lo firmaste, me lo dijeron, y garanticé tu infamia, para ver hasta donde llegabas. Te faltó el valor de confesarlo... ¡Quién sabe! Te hubiera salvado como otras veces...

ERNESTO.—¡Perdón!... Perdóname Máximo, no me animé.

MAXIMO.—Eres un miserable. Quise saber hasta donde!... (*Pausa*) Tu hogar...

ERNESTO.—Tú me precipitaste.

MAXIMO.—¿Yo?... ¡Yo no!... Quise saber de todo lo que eras capaz por tu juego... Y no te has detenido: tu hijo, tu mujer... ¡todo!..

ERNESTO.—¿Por qué me hiciste esa propuesta?

MAXIMO.—¿Y por qué la aceptaste?

ERNESTO.—Estaba loco: quería salvarme...

MAXIMO.—¿Y estás seguro, que si en vez de ser yo el de la propuesta, hubiera sido otro desconocido, cualquiera, no la hubieras aceptado?... Más pronto y con mayor razón la hubieras aceptado...

ERNESTO.—Máximo... Es que el juego es como una boca muy negra que lo va tragando todo: hoy es una cosa, mañana otra, pasado otra... hasta que llega un día, en que uno no tiene nada... ¡No tengo nada!

MAXIMO.—Nada. Ni mujer, ni hijo: han desaparecido por el agujero negro...

ERNESTO.—Y ya no es posible volver atrás... ¡Si yo lograra curarme!... Pero nó, no podría... La ruleta nació conmigo y conmigo ha de morir... Es más fuerte que yo... Yo quisiera, pero no puedo... Cada día que pasa puedo menos!...

MAXIMO.—Ya no puedes nada. ¡Un hombre sin dignidad ha muerto... debiera morir...

ERNESTO.—Tienes razón: debiera morir... ¡La ruleta!... A ese juguete frágil, insignificante, le debo mi ruina... Colorado y negro, nada más, como en la vida... A unos les sonríe el trabajo, el amor, el orgullo, la felicidad, es el colorado, la sangre buena que circula alegremente por las venas... A otros les ensombrece el vicio, el odio, la holganza, la humillación, es el negro, la sangre mala que no circula de tristeza, la muerte que va llegando silenciosa, lenta, acariciante... Tienes razón: ya no puedo nada. He cumplido mi misión en la vida, una misión desgraciada e inútil... Debo marcharme... No tengo dere-

cho a hacer sufrir... Ella y él tendrán vergüenza de mí... ¡Oh! ¡no!... (*Como resolviéndose de pronto, huye por la puerta del foro*).

MAXIMO.—¡Elisa!... ¡Era su destino!... (*Silencio*)... Pero; nó... ¡yo he sido el causante!... yo podía haberlo salvado... A ella la quiero, pero nó... yo no soy un perverso... (*Al Portero que está en la puerta*) ...¡Corra!... ¡Pronto!...

PORTERO.—¡Señor!

MAXIMO.—Detrás de ese hombre que acaba de salir... ¡Corra!...

PORTERO.—¿Cuál?

MAXIMO.—El último, el que acaba de salir... ¡Corra!... (*Vase Portero. Máximo aguarda ansiosamente. Poco después aparece el Portero*) ¿Qué?

PORTERO.—Nada... Miré por el jardín... Un automóvil partía cuando yo salí...

MAXIMO.—(*Desesperado*). ¡Se ha perdido!... (*Desciende el telón*).

Fin del cuadro Segundo

CUADRO III

(*Dormitorio modesto. Puertas, al foro, a derecha, primero y segundo término. Balcón a la izquierda. Es de madrugada. Por el balcón entra un rayo de luna*).

ESCENA I

(*Elisa y Doña Dolores*)

(*Al levantarse el telón, las dos sentadas junto al balcón, y en silencio. Se oye el pito de un vigilante tocando a ronda, después otro más lejano, hasta perderse*).

D. DOLORES.—¡Y no viene este hombre!... ¡Todas las noches lo mismo!...

ELISA.—Acuéstese mamá: yo esperaré.

D. DOLORES.—Hija: yo te acompaño.

ELISA.—Ya no tardará.

D. DOLORES.—También... la culpa es tuya: lo has acostumbrado mal: no dejas de esperarlo una sola noche.

ELISA.—Es que a pesar de todo...

D. DOLORES.—¡Ay hija!, ya debieras estar harta de sufrir.

ELISA.—Ernesto no es malo, mamá; es ese vicio maldito.

D. DOLORES.—Lo que es yo, hija, ya me hubiera cansado.

ELISA.—Usted parece muy intransigente, y tiene más paciencia que yo...

D. DOLORES.—¿Yo?...

ELISA.—Sí, usted... recuerde como lo esperaba a papá, ¡pobre!...

D. DOLORES.—¡Ay, hija!..... ¿por qué será así la vida? Cuanto más nos abandonan, parece que más nos empeñamos en quererlos... En cambio otros, condescendientes, más buenos, no encuentran en sus mujeres el cariño que soñaron...

ELISA.—Así es. Una lo comprende, pero no puede remediarlo...

D. DOLORES.—Tu padre... ¡cuántas veces me resolví a marcharme!... Había en él — yo no sé si lo hice sólo por ti, — pero siempre me convenció... Así vivimos agonizando muchos años, llenos de mentiras, de deudas... ¡hasta de infamias!...

ELISA.—¡Pobre papá!... Muchas noches me acuerdo de él; y veo su cadáver, cuando lo trajeron a casa, frío, con un balazo en la sien... ¡muerto en una casa de juego!...

D. DOLORES.—¡Calla!

ELISA.—No puedo evitarlo, mamá; aunque no quiera, lo recuerdo siempre. ¡Tenía yo doce años!... Y tiemblo... ¿No me lo traerán a Ernesto?...

D. DOLORES.—¡Hija, qué locura!

ELISA.—Sí, mamá; muchas noches pienso... y corro a la camita del nene; lo despierto a besos... ¡Pobrecito!... La otra noche, al despertarse, se abrazó a mí llorando; tenía miedo, juraba que había ladrones... Se conoce que Inocencia, al acostarlo esa noche, le había contado un cuento, y se había impresionado al verme... ¡Pobrecito!

D. DOLORES.—¡Qué buena esta muchacha Inocencia!

ELISA.—¡Pobre!... ¡Qué gallega más fiel!... ¡Y cómo lo quiere a Carlitos!

D. DOLORES.—Por eso a tu marido ni se le ocurre pagarle.

ELISA.—Es que tiene tan poco...

D. DOLORES.—Créeme, hija, que de una manera u otra, tu marido siempre consigue dinero para jugar.

ELISA.—¡No, mamá!!

D. DOLORES.—¡Si conoceré yo lo que es un hombre jugador! Mira, hija: recuerdo que hace años, una noche de las tantas, tu padre se jugó mil pesos y los perdió. Al día siguiente no había un centavo en toda la casa. Tuvimos que cenar una lata de sardinas y dos huevos. Excuso decirte que no almorzamos. Y ello, gracias a la sirvienta, que andaba en amores con el dependiente del almacén

y lo traje, que si no... no hubiéramos comido. Ya no nos fíaban hacía mucho tiempo.

ELISA.—¡Ah, mamá! De esto sí que estoy harta, de pasar vergüenzas. Usted sabe cómo se come en esta casa, y en virtud de cuántos equilibrios...

D. DOLORES.—¡Vaya si lo sabré!

ELISA.—Algunas veces pienso, y pienso como usted pensaba; si no fuera por Carlitos, yo ya me hubiera... ¡quién sabe!

D. DOLORES.—Y por mí, hija, por mí...

ELISA.—Por usted también, mamá... (*Silencio. Se oyen tres campanas de un reloj lejano*). Las tres... Ya es hora de recogerse. Le va a hacer mal este fresco de la madrugada...

D. DOLORES.—¡Ay, hija, no estoy tan vieja!... Y, además, estoy ya muy acostumbrada...

ELISA.—¡Nada! A dormir... Yo cerraré en seguida: ya no lo espero más.

D. DOLORES.—Hasta mañana, mamá... (*Vase Dolores derecha, primer término*).

ESCENA II

(*Elisa y Máximo*)

ELISA.—(*Tan pronto desaparece D. Dolores vuelve a sentarse en el balcón, de espaldas a la puerta del foro. Suspirando*). ¡Quién sabe si la muerte sería mejor! (*Pasa un rato. Se oye un ruido al abrirse la puerta del foro. En la obscuridad, aparece un hombre. Siempre de espaldas*). ¡Eres tú, Ernesto?... ¡Qué horas, Dios mío, qué horas! ¡Cuándo te cansarás?... (*Silencio*). Milagro que te callas: cuando te callas debes de haber ganado... (*Sospechando, poco a poco se va dando vuelta hasta incorporarse*). Pero... ¡quién?... ¡eres tú, Ernesto?...

MAXIMO.—(*Adelantándose y haciendo señal de que se calle*). ¡Pchistt!... ¡Elisa!...

ELISA.—¡Máximo!... (*Pausa*). Salga inmediatamente...

MAXIMO.—Elisa, escúcheme: óigame...

ELISA.—No; nada: ¡salga!... Usted ha entrado en esta casa como un miserable, como un ladrón... (*Máximo le muestra la llave*). ¡Quién le ha dado la llave?... ¡Conteste!

MAXIMO.—Ernesto.

ELISA.—¡Mi marido?

MAXIMO.—Sí; su marido de usted.

ELISA.—No puede ser. ¡Usted miente!

MAXIMO.—Digo la verdad.

ELISA.—¿Y cómo?

MAXIMO.—Se la ha jugado.

ELISA.—No, no es cierto. El no puede haber jugado la llave de su casa, la llave que guarda a su mujer y a su hijo.

MAXIMO.—Se lo aseguro; así fué...

ELISA.—Pero... ¿cómo?

MAXIMO.—Le presté dos mil pesos: antes le pedí la llave en garantía. Jugó mi dinero y lo perdió.

ELISA.—¿Miserable! (*Aprestándose a defenderse*). Y entonces... ¿a qué ha venido usted?

MAXIMO.—¿Yo? No lo sé. ¡Estoy loco! Yo quiero, yo necesito decirle...

ELISA.—Usted es un infame. Ha querido apoderarse de mí explotando un vicio de mi marido. Pero soy yo la que no consentirá. Antes me tiraré de cabeza por ese balcón. (*Enfurecida*). Se han olvidado los dos: antes había que haber contado conmigo. Una mujer no se juega en un tapete...

MAXIMO.—¡Cálmese, Elisa, por favor! Quise saber hasta dónde Ernesto la quería y comprobé que yo la quiero mucho más... Además, falsificó mi firma: no se atrevió a confesármelo... Usted ignora, Elisa, las veces que yo lo he salvado de vergüenzas semejantes. Y siempre lo he hecho por usted, nada más...

ELISA.—Y usted quiere por una extorsión... ¡Qué asco!

MAXIMO.—No, Elisa; yo la quiero a usted; por eso he llegado hasta esto. Usted nunca me ha comprendido. Yo no le propuse nunca un adulterio vulgar: yo le hablaba de otra vida... ¡Sufría mucho al verla sufrir a usted!... Usted no entendió bien o estuvo ofuscada por el hombre que hoy la ha jugado con su propio hijo...

ELISA.—¡Oh, qué vergüenza!... Y él... ¿Dónde está?

MAXIMO.—No lo sé; se fué... desapareció. (*Silencio*).

ELISA.—¿Para siempre?

MAXIMO.—Creo que sí; para siempre.

ELISA.—¿Se ha suicidado?

MAXIMO.—(*Silencio*). Yo quise evitarlo, se lo juro; pero era tarde... Lo busqué desesperadamente durante dos horas por todas partes: no lo encontré...

ELISA.—¿Así que usted, miserable, es el culpable de su muerte?

MAXIMO.—¿Yo?... Elisa, lo declaro: hubo un momento en que al verle aceptar mi propuesta pensé en usted... Le pido perdón: fué un momento de debilidad por quererla a usted demasiado. El amor no se alcanza más que por el amor — ahora lo comprendo, — no por la astucia, ni

por la fuerza; ni por la miseria... Yo la quiero, Elisa, yo la necesito, yo la haré feliz... Tal vez por esto mismo sea tan torpe al expresarme.

ELISA.—¡Ah, qué infamia, jugada por mi marido! ¡Oh! Lo desprecio. La muerte ha sido su más justo castigo. ¡Pobre hijo mío!...

MAXIMO.—Sí; yo siento un remordimiento... Si he sido culpable lo he sido por su amor; pero... no olvide, Elisa, que si su marido aceptó mi propuesta más fácilmente hubiera aceptado la de un extraño, la de cualquiera. ¡No la quería!...

ELISA.—Pero usted no debió nunca precipitar su ruindad.

MAXIMO.—¡Perdón, Elisa! Por eso he venido a confesárselo todo. Yo intenté una experiencia, y no creí que él fuera capaz... Le confieso también que hubo un momento en que vacilé; la sentí a usted, Elisa, costara lo que costara y fuera como fuera; pero... cuando recapacité quise evitarlo. Corrí como un loco, vagué por la ciudad buscándolo... ¡Todo fué inútil! Ya debía haberse... Le juro, Elisa, que si lo hubiera hallado le habría devuelto la llave. Yo no podía ser tan miserable...

ELISA.—Y entonces... ¿por qué entró en esta casa y a esta hora?

MAXIMO.—No pude resistir, no pude esperar a que amaneciera. Algo superior a mí me movió a confesárselo todo: era mi amor por usted. Usted comprende que con haber callado y esperar oportunamente... ¡usted nunca hubiera sospechado! Pero no... Quise que usted lo supiera todo: desprécieme si soy culpable, y si no...

ELISA.—Váyase, Máximo...

MAXIMO.—Sí, me iré; ahora estoy tranquilo... Señora, tome usted esta llave: es suya... Si algún día usted o su hijo necesitaran algo, mi vida, mi nombre, mi fortuna... todo es de ustedes.

ELISA.—*(Al recibir la llave ya no puede más y cae sollozando sobre la cama)*. ¡Me ha jugado como a una cosa. Era un canalla. ¡Lo desprecio! ¡Pobre hijo mío!

MAXIMO.—¿Me perdona, Elisa?

ELISA.—*(Llorando)*. Váyase, váyase... ¡Ya no puedo más!

MAXIMO.—*(En silencio sale por la puerta del foro. Al cerrarse tras de él oye el timbre de la llave en un toque muy largo. Vuelve Máximo. Ella deja de llorar. Los dos se miran en silencio)*.

ELISA.—¡Es él!

MAXIMO.—¡No!

ELISA.—Sí; es él... *(Se miran silenciosamente. Vuelve a*

tocar el timbre). ¡Qué miserable! ¡Ni siquiera ha tenido el valor!...

MAXIMO.—¡Elisa!

ELISA.—¡Soy muy desgraciada! (*Vuelve a sonar el timbre y se oye forcejear la puerta*). ¡Y ahora el ruin creerá que usted y yo... que usted ha venido!...

MAXIMO.—Que él lo suponga, nada me importa; pero que usted, Elisa...

ELISA.—Máximo, escóndase ahí, en esa habitación. Más tarde yo le haré salir por el comedor... ¡Pronto! Oigo pasos. Debe ser la sirvienta, que se ha despertado. (*Entra Máximo derecha, segundo término. Elisa echa llave a la puerta y se la guarda. Suena el timbre y los golpes en la puerta*).

ESCENA III

(*Elisa, Sirvienta, después Ernesto. Por fin, Máximo. Al final, Doña Dolores, Sirvienta, Oficial y un Vigilante*)

SIRVIENTA.—(*Por la derecha primer término*). ¡Señora, señora!!... Están llamando...

ELISA.—(*Sobreponiéndose*). Sí; vaya a abrir; debe ser el señor, que se habrá olvidado la llave... (*Vase Sirvienta foro. Mientras tanto, Elisa cierra el balcón. Entra Sirvienta y Ernesto. Este, todo congestionado, mira a todas partes con desconfianza*). Váyase a dormir, Inocencia...
¿Cerró la puerta con llave?

SIRVIENTA.—Sí, señora. Hasta mañana.

ELISA.—Hasta mañana. (*Vase Sirvienta derecha primer término. Elisa se sienta en la cama, afectando tranquilidad*).

ERNESTO.—(*Mirándole a la cara a Elisa y después a todas partes*). ¡Has llorado!...

ELISA.—No. ¿Por quién quieres que llore?

ERNESTO.—Tu cara lo dice.

ELISA.—Te equivocas. (*Pausa*).

ERNESTO.—¿No ha venido nadie?

ELISA.—Nadie. ¿Quién quieres que venga?

ERNESTO.—Tienes razón. ¡Dame un beso!

ELISA.—No quiero.

ERNESTO.—Un beso, como todas las noches.

ELISA.—No tengo ganas.

ERNESTO.—¿Porque no tienes ganas?

ELISA.—¡No tengo ganas!... ¿Qué hacés que no te acuestas?
Ya es muy tarde...

ERNESTO.—(*Después de un largo silencio*). Elisa, júrame

por nuestro hijo que no ha venido nadie...

ELISA.—Pero... ¿quién? ¿Por qué sospechas? Debes saber algo... ¡Habla!... ¿Y la llave?

ERNESTO.—Me la olvidé en el otro pantalón.

ELISA.—No es cierto. Cuando te fuiste yo lo cepillé y no estaba.

ERNESTO.—Bueno; la habré perdido... Júrame que no ha venido nadie.

ELISA.—Te lo aseguro.

ERNESTO.—¿Por nuestro hijo?

ELISA.—Déjalo que duerma en paz. ¡Pobre hijo mío!

ERNESTO.—Es que lo necesito... ¡Júramelo!...

ELISA.—(*Temblándole la voz*). Por él... te lo juro...

ERNESTO.—¡Mientes!... (*Yendo hacia la puerta derecha segundo término*). ¿La llave de esta puerta?

ELISA.—¡Ah! Debe estar del otro lado.

ERNESTO.—No es cierto; siempre está de este lado. ¡Dame la llave!

ELISA.—Yo no la tengo.

ERNESTO.—¡Ah, Elisa! Siento unos celos horribles. Después de todo lo que me pasa, comprendo que te necesito, ¡sí!, que debo vivir para que seas mía, toda mía... Desde hoy yo debo dedicarme a ti, ¡solamente a ti!

ELISA.—¿Y en esta forma, dudando de mí, me demuestras tu amor? Recién después de diez años tienes celos... ¿Por qué tienes celos? ¡Habla!

ERNESTO.—Yo no sé. ¡Estoy loco! Dame la llave. (*Se abalanza hacia ella y se toma en lucha sobre la cama. Al no encontrarle la llave*): ¿Dónde está esa llave?

ELISA.—(*Queriendo sonreír*). Ya ves: yo no la tengo...

ERNESTO.—(*Al acercarse a la puerta del foro, como iluminado por un relámpago*). ¡Ah! (*Desaparece por ella*).

ELISA.—(*Saca rápidamente de debajo del colchón la llave y corre hacia la puerta; la abre. Al salir Máximo, suena un tiro y se desploma agarrándose la espalda, sin decir ¡ay!*)
¡Miserable! ¡Canalla!!!! ¡A mí también!... (*Presentándole el pecho*).

ERNESTO.—¡No puedo!...

ELISA.—¡Miserable! Lo sé todo: me jugaste. ¡Y a mi hijo también! ¡Miserable! ¡Y no tuviste el valor de matarte! ¡Cobarde!

ERNESTO.—¡Perdón!... En el momento en que me iba a matar, me acordé de ti... (*Señalando el cadáver*) de él... y no pude: sentí celos, sentí ganas de vivir, de que siempre fueras mía...

ELISA.—¡Te desprecio! Ahí tienes tu ruleta: el crimen y la

deshonra...

ERNESTO.—Pero... Elisa, ¿es cierto que no me engañaste? Yo soy culpable, sí, pero... ¿es cierto que no aceptaste? ¿Que él... (*Señalando*) que tú no quisiste? (*Se oye tocar auxilio y golpear la puerta*).

SIRVIENTA.—(*Por derecha primer término*). ¡Señura, señora!... (*Se queda espantada*).

DOÑA DOLORES.—(*Por derecha primer término*). ¡Hija mía, hija mía!... (*Se abrazan*).

ELISA.—¡El juego, mamá, el juego! (*Llorando. Se oye golpear y tocar auxilio*).

ERNESTO.—¡La policía!...

ELISA.—(*Dejando de llorar, a la Sirvienta*). ¡Abra la puerta!

DOÑA DOLORES.—Hija... ¿qué vas a hacer?

ELISA.—¡Abra! (*Vase Sirvienta*). Voy a dar a este miserable el castigo que más le hará sufrir...

ERNESTO.—(*Con el revólver en la mano, suplicante*). ¡Elisa!...

ELISA.—No tiembles: yo te salvaré. (*Entran un Oficial y un Vigilante*).

ERNESTO.—Yo... (*Entrega el revólver*).

OFICIAL.—¿Quién ha sido?

OFICIAL.—(*Acercándose al cadáver*). Parece que está muerto... ¿Quién era este hombre?

ELISA.—(*Después de un silencio largo y general*). Ese hombre... ese hombre era mi amante.

ERNESTO.—¡No!

ELISA.—Sí, ¡mi amante!... Acaba de matarlo mi marido.

ERNESTO.—¡Ah! (*Desciende el telón*).

FINAL DE LA OBRA

EMPRESA
"CULTURA Y CIVISMO"

CORRIENTES 1307

**Venta de libros al contado y a plazos
sin intereses ni recargo de precio ==**

Zimmerman y Pérez — Historia Natural, 24 tomos	\$ 40.—
Rodó — Ariel	» 0.60
Rodó — Motivos de Pro- teo	» 1.50
Campoamor — Obras completas, 5 ts., rustica»	5.—
Campoamor — Obras completas, 5 tomos en- cuadernados	» 4.50
Flores—Pasionarias	» 1.—
R. Darío—Cantos de vi- da y esperanza.....»	1.50
Dante—La divina come- dia, 5 tomos.....»	5.—
E. Larreta—La gloria de don Ramiro, encuader- nado	» 1.—
Daudet — Sapho.....»	1.—

VARGAS VILA

Ibis, encuadernado	» 1.50
» rústica.....»	0.80
María Magdalena, encua- dernado	» 1.50
Salomé, encuadernado..»	1.50
Cachorro de león E.»	1.50
Final de un sueño E....»	1.50
La ubre de la loba E...»	1.50
Sombras de águilas E. ...»	1.40
De los viñedos de la Eter- nidad E.....»	1.50
Libre estética E.....»	1.50
Vuelo de cisnes E.....»	1.50
Las rosas de la tarde E.»	1.50
Copos de espuma E. ...»	1.50
Flor del fango E.»	1.50

PRECIOS FRANCOS DE PORTE

Novedades en todos los correos

Esta

Biblioteca

de roble americano
con **80 obras**
lujosamente
encuadernadas

de

V. Hugo, Dumas,
Sué, Tolstoi,
Dickens, W. Scott,
Dostojewsky,
Stendhal, J. Verne,
Mármol, Volney,
Sienkiewicz, etc., etc.

Podrá Vd. adquirirla por

\$ 160.—

a pagar en

10 mensualidades

en la

EMPRESA

**“Cultura
y Civismo”**

CORRIENTES 1307

U. T. 2541, Libertad

